



Perspectivas
Sociales y
del Empleo en el Mundo

Tendencias 2022



Mientras persiste la pandemia, los mercados de trabajo mundiales luchan por recuperarse

La pandemia de COVID-19 dominó la economía mundial por segundo año en 2021, lo que ha impedido una recuperación plena y equilibrada de los mercados de trabajo. El ritmo de recuperación de la actividad económica depende en gran medida del grado de contención del virus, por lo que la recuperación sigue patrones diferentes según las zonas geográficas y los sectores. Sin embargo, cada nuevo brote trae consigo retrocesos. Muchos de los logros en materia de trabajo decente conseguidos antes de la pandemia se han visto considerablemente afectados, y los déficits de trabajo decente preexistentes están mermando las perspectivas de una recuperación sostenible en muchas regiones.

Las perspectivas del mercado de trabajo mundial se han deteriorado desde las últimas proyecciones de la OIT; es probable que en los próximos años siga siendo difícil para gran parte del mundo volver al rendimiento previo a la pandemia. Sobre la base de las últimas previsiones de crecimiento económico, la OIT calcula que el total de horas trabajadas a escala mundial en 2022 se mantendrá casi un 2 por ciento por debajo de su nivel prepandémico una vez ajustado al crecimiento de la población, lo que corresponde a un déficit equivalente a 52 millones de puestos de trabajo a tiempo completo (tomando como referencia una semana laboral de 48 horas). Se prevé que el desempleo mundial se sitúe en 207 millones en 2022, es decir, que supere su nivel de 2019 en unos 21 millones. Esta perspectiva representa un deterioro sustancial con respecto a las proyecciones realizadas en la edición anterior de *Perspectivas Sociales y del Empleo en el Mundo: Tendencias*, publicada en junio de 2021, cuando se preveía que el déficit de horas de trabajo en relación con el cuarto trimestre de 2019 se iba a reducir a menos del 1 por ciento en 2022.

Los patrones de recuperación varían considerablemente entre regiones, países y sectores. Desde el inicio de la recuperación, las tendencias de crecimiento del empleo en los países de ingresos bajos y medianos se han mantenido significativamente por debajo de las observadas en las economías más ricas, debido en gran medida a las tasas de vacunación inferiores y al menor margen de maniobra presupuestario de los países en desarrollo. Las repercusiones han sido especialmente graves para las naciones en desarrollo que presentaban mayores niveles de desigualdad, condiciones laborales más diversas y sistemas de protección social más débiles incluso antes de la pandemia.

En general, los indicadores clave del mercado de trabajo aún no han vuelto a los niveles anteriores a la pandemia en ninguna de las regiones: África, las Américas, los Estados Árabes, Asia y el Pacífico, y Europa y Asia Central. Para todas las regiones,

las proyecciones hasta 2023 sugieren que seguirá siendo difícil conseguir la recuperación total. Se prevé que las regiones de Europa y el Pacífico sean las que más se acerquen a ese objetivo, mientras que las perspectivas son más negativas para América Latina y el Caribe y para Asia Sudoriental. Todas las regiones se enfrentan a graves riesgos

a la baja en cuanto a la recuperación de su mercado laboral, derivados de las repercusiones de la pandemia. Además, esta situación está alterando la estructura de los mercados de trabajo de tal manera que una vuelta a los niveles de referencia anteriores a la crisis podría ser insuficiente para compensar el daño que ha causado.

Las perturbaciones de la pandemia, las deficiencias estructurales y los nuevos riesgos reducen el potencial de creación de trabajo decente

Las deficiencias y desigualdades estructurales subyacentes están amplificando y prolongando el efecto adverso de la crisis. La extensa economía informal de muchos países en desarrollo está socavando la eficacia de algunos instrumentos de actuación, ya que las empresas informales han tenido menos posibilidades de acceder a las líneas de crédito formales o al apoyo gubernamental relacionado con la COVID-19. Por lo tanto, las medidas de ayuda han tenido menos probabilidades de llegar a las personas necesitadas, y han aumentado las desigualdades en el seno de los países. Las empresas más pequeñas han experimentado un mayor descenso del empleo y de las horas de trabajo que las más grandes.

Las economías en desarrollo que dependen de la exportación de bienes o productos básicos cuya elaboración requiere mucha mano de obra han tenido más dificultades para adaptarse a la volatilidad de la demanda resultante de los cambios en el crecimiento económico relacionados con la pandemia. En la actualidad, las economías que dependen del turismo se resienten mucho por el cierre de fronteras y la pérdida de ingresos.

Las pérdidas de empleo y la reducción de las horas de trabajo han provocado una disminución de los ingresos. En los países en desarrollo, la falta de sistemas de protección social integrales que puedan proporcionar prestaciones adecuadas para estabilizar los ingresos ha agravado las dificultades financieras de los hogares que ya eran vulnerables desde el punto de vista económico, con efectos en cascada sobre la salud y la nutrición. La pandemia ha llevado a millones de niños a la pobreza, y las recientes estimaciones sugieren que, en 2020, 30 millones de adultos más cayeron en la pobreza extrema (es decir, vivieron con menos de 1,90 dólares de los Estados Unidos al día en términos de paridad de poder adquisitivo) y no

tenían un trabajo remunerado. Además, el número de trabajadores en situación de pobreza extrema –trabajadores que no ganan lo suficiente para mantenerse a sí mismos y a sus familias por encima del umbral de pobreza– aumentó en 8 millones.

La recuperación asimétrica de la economía mundial ha empezado a provocar efectos en cadena a largo plazo, en términos de incertidumbre e inestabilidad persistentes, que podrían desbaratar la recuperación. Los cambios en la demanda del mercado y el aumento de los servicios en línea, el incremento vertiginoso de los costos comerciales y los cambios provocados por la pandemia en la oferta de mano de obra han creado cuellos de botella en la industria manufacturera, lo que impide que se restablezcan las condiciones del mercado de trabajo anteriores a la pandemia. Las alteraciones marcadas y prolongadas de la cadena de suministro están generando incertidumbre en el entorno empresarial y podrían llevar a una reconfiguración de la geografía de la producción con notables consecuencias para el empleo.

El aumento de los precios de los productos básicos y los bienes esenciales, cuando los mercados de trabajo aún tienen mucho camino que recorrer hasta recuperarse, reduce significativamente la renta disponible y, por tanto, incrementa el costo de la crisis. De cara al futuro, los responsables de formular políticas macroeconómicas se enfrentan a decisiones difíciles con importantes repercusiones internacionales. Si hay indicios de expectativas de aumento de la inflación, es de esperar que se multipliquen los llamamientos para que la política monetaria y fiscal se endurezca a un ritmo más rápido. Al mismo tiempo, dada la naturaleza asimétrica de la recuperación, el endurecimiento de las políticas golpearía con mayor severidad a los hogares de ingresos bajos, lo que conlleva que habrá que

prestar atención al mantenimiento de niveles adecuados de protección social.

Cabe esperar que la recuperación de la demanda de mano de obra hasta los niveles anteriores a la crisis lleve tiempo, lo que frenará el aumento del empleo y de las horas de trabajo. El lento y desigual restablecimiento de las horas de trabajo en 2021 hizo que los ingresos del trabajo se mantuvieran bajos. Como la mayoría de los trabajadores del mundo no tenían suficientes mecanismos de sustitución de los ingresos, si es que tenían alguno, los hogares se vieron obligados a

gastar sus ahorros. El efecto ha sido especialmente pronunciado en los países en desarrollo, donde la proporción de población vulnerable desde el punto de vista económico es mayor y la magnitud de las medidas de estímulo ha sido menor. La consiguiente pérdida de ingresos ha contraído aún más la demanda agregada, lo que ha creado un círculo vicioso que resalta la necesidad de políticas concertadas para acelerar la recuperación del mercado de trabajo, abordar las desigualdades y volver a situar a la economía mundial en la senda del crecimiento sostenible.

El mercado de trabajo registra una recuperación desigual e incompleta

Las proyecciones de la OIT para 2022 apuntan a un déficit de horas de trabajo equivalente a 52 millones de puestos de trabajo a tiempo completo debido a las perturbaciones del mercado laboral provocadas por la crisis. Esta cifra sigue siendo extremadamente alta, pese a que supone una mejora considerable con respecto a 2021, cuando las horas trabajadas (ajustadas al crecimiento de la población) se mantuvieron en el equivalente a 125 millones de puestos de trabajo a tiempo completo (tomando como referencia una semana laboral de 48 horas) por debajo del nivel registrado en el cuarto trimestre de 2019. Para 2022 está previsto que la tasa de empleo se sitúe en el 55,9 por ciento, es decir, 1,4 puntos porcentuales por debajo del nivel de 2019.

Muchas de las personas que abandonaron la fuerza de trabajo no han vuelto a formar parte de ella, por lo que el nivel de desempleo no refleja del todo las repercusiones de la crisis sobre el pleno empleo. Se prevé que la tasa de actividad, que registró un descenso cercano a los dos puntos porcentuales entre 2019 y 2020, se recupere parcialmente hasta situarse justo por debajo del 59,3 por ciento en 2022, es decir, cerca de 1 punto porcentual por debajo de su nivel de 2019. Además, se estima que la tasa de desempleo mundial se mantendrá por encima del nivel alcanzado en 2019 al menos hasta 2023. Asimismo, se prevé que el número total de desempleados ascenderá a 207 millones en 2022, lo que representa un descenso de 7 millones, cifra que contrasta con los 186 millones de desempleados de 2019.

La recuperación del mercado laboral es más rápida en los países de ingresos altos. Solo en este

grupo de países se ha producido aproximadamente la mitad de la disminución del desempleo mundial entre 2020 y 2022, si bien suman alrededor del 20 por ciento de la población activa mundial. Por el contrario, desde el inicio de la pandemia, los países de ingresos medianos bajos son los más castigados y los que más lentamente se están recuperando.

La recuperación varía en cada país. Se calcula que las repercusiones desproporcionadas de la pandemia sobre el empleo femenino se reducirán en todo el mundo en los próximos años, pero se prevé que siga existiendo una brecha considerable. La disparidad es más acusada en los países de ingresos medianos altos, donde se prevé que la tasa de empleo de las mujeres en 2022 sea 1,8 puntos porcentuales inferior a la de 2019, frente a una diferencia de solo 1,6 puntos porcentuales en el caso de los hombres, a pesar de que, para empezar, las mujeres tienen una tasa de empleo de 16 puntos porcentuales por debajo de la de los hombres. En muchos países, el cierre de escuelas, universidades y centros de formación profesional durante periodos prolongados ha minado los resultados del aprendizaje, lo que generará consecuencias en cadena a largo plazo en el empleo y la continuidad de la educación, así como en la formación de los jóvenes, en especial de aquellos que hayan tenido un acceso limitado o nulo a las oportunidades de aprendizaje en línea. Además, el empleo asalariado informal sigue estando por debajo del nivel alcanzado antes de la crisis en un 8 por ciento. El trabajo por cuenta propia y el trabajo familiar auxiliar, que a menudo se caracterizan por condiciones de trabajo precarias, presentaban una tendencia a la baja antes de la crisis. Se estima que el aumento de la

incidencia de este tipo de trabajo que tuvo lugar en 2020 ha persistido en 2021.

La pandemia ha comenzado a provocar cambios económicos estructurales que podrían llegar a afianzarse, lo que acarrearía consecuencias permanentes para los mercados de trabajo. La confluencia de varias tendencias macroeconómicas está generando incertidumbre en torno a si la reducción de las horas de trabajo, el empleo y la tasa de actividad es temporal o si, por el contrario, la pandemia está propiciando que se produzcan más salidas estructurales del mercado de trabajo

o transformaciones que permiten ahorrar mano de obra, situaciones que requieren cauces de actuación distintos. La pandemia está exacerbando diversas formas de desigualdad, desde la intensificación de las desigualdades de género hasta la ampliación de la brecha digital. Los cambios en la composición de las relaciones de trabajo –como la dependencia del empleo informal por cuenta propia para ganarse la vida, el aumento del trabajo a distancia y las diversas tendencias en materia de trabajo temporal– podrían deteriorar la calidad de las condiciones de trabajo.

El efecto amortiguador del trabajo temporal en tiempos de incertidumbre económica

Antes del comienzo de la pandemia, la proporción del empleo temporal en el empleo total había ido aumentando con el tiempo, aunque no de manera uniforme en todos los sectores y países. El empleo temporal es en gran medida estructural y se rige por la composición sectorial y profesional del mercado de trabajo; no obstante, durante las crisis, tiende a servir de amortiguador cuando los empleadores reducen la contratación de trabajadores temporales. A largo plazo, el empleo temporal puede tener consecuencias negativas sobre la productividad de las empresas debido a sus efectos en el mantenimiento del empleo, la formación y la innovación. Los trabajadores también se están viendo perjudicados por el trabajo temporal, dados la mayor inseguridad laboral y de ingresos y el menor acceso a la protección social que lleva aparejados.

Las tasas de empleo temporal son más altas en los países de ingresos bajos y medianos (algo más de un tercio del empleo total) que en los países de ingresos altos (15 por ciento). Sin embargo, la naturaleza del empleo temporal varía entre los países desarrollados y en desarrollo. En el primer caso, si bien el trabajo temporal puede servir como acceso a un puesto permanente o resultar un medio flexible y estratégico de incorporarse al mercado de trabajo y participar en él, los trabajadores temporales no gozan de seguridad en el empleo ni obtienen ingresos regulares y no siempre cumplen los requisitos establecidos para acceder a la protección social o del empleo. En cambio, para los trabajadores de los países en desarrollo, el trabajo temporal suele adoptar la forma de empleo informal, con escaso o nulo acceso a los sistemas de protección social y a la protección del empleo.

Aunque al principio de la pandemia fueron los trabajadores temporales quienes acusaron la pérdida de empleos en mayor medida que los trabajadores permanentes, desde entonces, la mayoría de las economías han experimentado un aumento de los empleos temporales de nueva creación. El efecto neto de estas dos tendencias es que, en general, la incidencia del trabajo temporal se ha mantenido estable durante la pandemia. Las tendencias, basadas en los limitados datos disponibles, no difieren de las anteriores a la crisis, lo que pone de relieve la rotación endémica de los trabajadores temporales antes de la crisis. No obstante, cabe destacar que, en los países para los que se dispone de datos, más de una cuarta parte de las personas que trabajaban en empleos temporales a principios de 2021 habían trabajado antes en empleos permanentes, lo que resalta la incertidumbre económica subyacente y la consiguiente inseguridad en el empleo en ese momento.

En las primeras fases de la pandemia, en los países caracterizados por un mercado de trabajo dual, el empleo informal no desempeñó su tradicional función anticíclica consistente en absorber a los trabajadores desplazados del sector formal. En muchos de esos países, los trabajadores informales tenían más probabilidades de perder sus puestos de trabajo o de verse obligados a la inactividad por medidas como los confinamientos que los trabajadores formales. Al reanudarse gradualmente la actividad económica, el empleo informal, sobre todo por cuenta propia, ha repuntado con fuerza, y muchos trabajadores del sector informal han retomado la actividad.

Para prevenir los daños a largo plazo se requiere un programa político mundial centrado en las personas

En la Conferencia Internacional del Trabajo celebrada en junio de 2021, los 187 Estados Miembros de la OIT debatieron las respuestas políticas mundiales, regionales y nacionales frente a la crisis. Al término del debate, se adoptó el Llamamiento mundial a la acción para una recuperación centrada en las personas de la crisis causada por la COVID-19 que sea inclusiva, sostenible y resiliente, y se destacó la necesidad de una recuperación plenamente inclusiva basada en la aplicación acelerada de la Declaración del Centenario de la OIT para el Futuro del Trabajo. Ello comporta reconstruir la economía de forma que se aborden las desigualdades sistémicas y estructurales y otros problemas sociales y económicos a largo plazo, como el cambio climático, que son anteriores a la pandemia. Los requisitos previos para lograr esa resiliencia son las medidas multilaterales y la solidaridad mundial, incluido el acceso a las vacunas, la reestructuración de la deuda y la facilitación de una transición ecológica. Si no se afrontan estos importantes retos políticos, se perderá otra oportunidad de encauzar el mundo hacia una trayectoria más equitativa y sostenible.

Para lograr una recuperación centrada en las personas, será preciso llevar a la práctica con éxito estos cuatro pilares: el crecimiento económico y el desarrollo inclusivos; la protección de todos los trabajadores; la protección social universal, y el diálogo social. Cada uno de los pilares desempeña un papel fundamental.

Durante el periodo de recuperación, las políticas macroeconómicas no podrán limitarse a un papel anticíclico y a tratar de limitarse sin más a volver a los resultados anteriores a la crisis, ya que así no se solucionarían los déficits de trabajo decente ni se conseguiría que los países fueran menos vulnerables a crisis futuras. Las políticas fiscales no solo deben tener como objetivo la protección de los puestos de trabajo, los ingresos y el empleo, sino también abordar los problemas estructurales y las causas profundas del déficit de trabajo decente en todo el mundo. En función de las limitaciones y prioridades de cada país, ello entrañará una combinación de políticas fiscales orientadas a la creación generalizada de empleo productivo, sustentada en políticas laborales, desarrollo de competencias y políticas activas del

mercado de trabajo (incluidas las destinadas a colmar la brecha digital), así como una inversión sostenida en la protección social universal. La política macroeconómica proactiva se ha vuelto aún más imprescindible, ya que la interacción de la pandemia con la tecnología y otras «megatendencias» amenaza con acelerar el aumento de las desigualdades entre las economías y en su seno.

Ampliar y asegurar la protección de todos los trabajadores significa garantizar los derechos fundamentales en el trabajo, velar por la salud y la seguridad en el lugar de trabajo y poner en práctica un programa transformador para lograr la igualdad de género. La pandemia ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad de innumerables grupos de trabajadores, incluidos los trabajadores esenciales, los informales, los trabajadores por cuenta propia, los temporales, los migrantes, los trabajadores de plataforma y los poco calificados, que suelen estar muy expuestos a las repercusiones de la crisis sobre la salud y el mercado laboral, y muchos de los cuales son víctimas de las lagunas en la cobertura de la protección social en todo el mundo.

Colmar los déficits de protección social y brindar acceso universal a una protección social integral, adecuada y sostenible debe seguir siendo una prioridad fundamental. Determinar con precisión una financiación equitativa y sostenible para estos sistemas en una época caracterizada por un margen de maniobra presupuestario limitado requiere medidas multilaterales que complementen la movilización de recursos nacionales.

El diálogo social ha desempeñado un papel fundamental en la respuesta a la pandemia, y muchas políticas y medidas para limitar la pérdida de puestos de trabajo han sido fruto de los debates tripartitos. Durante el periodo de recuperación, el diálogo social seguirá siendo crucial para vislumbrar soluciones que redunden en beneficio de las empresas y los trabajadores y que tengan repercusiones macroeconómicas y efectos indirectos positivos. Para que el diálogo social desempeñe este papel, será necesario reforzar las capacidades de las administraciones públicas y de las organizaciones de empleadores y de trabajadores con el fin de que participen en dicho proceso.

Impulsar la justicia social, promover el trabajo decente

La Organización Internacional del Trabajo es la agencia de las Naciones Unidas para el mundo del trabajo. Reunimos a gobiernos, empleadores y trabajadores a fin de mejorar las condiciones de trabajo de todas las personas, promoviendo un enfoque del futuro del trabajo centrado en el ser humano a través de la creación de empleo, los derechos en el trabajo, la protección social y el diálogo social.

oit.org

Oficina Internacional del Trabajo
Route des Morillons 4
1211 Ginebra 22
Suiza